

un terreno no evolucionista. Dewey se mostró de acuerdo con los valores sociales de Huxley, pero consideró que no hay conflicto fundamental entre el proceso cósmico y el proceso ético, puesto que la sociedad crece de y en la naturaleza, y la expresión «supervivencia del más apto» ha de interpretarse a la luz de la estructura social existente, con todos los hábitos, exigencias e ideales que se encuentran en ella. O sea que Dewey situó el proceso ético en el cósmico y la sociedad humana en la naturaleza. Y así como construyó una ética naturalista, poniendo los actos morales en su medio social y biológico, así también naturalizó la lógica y la liberó de ser una «danza de categorías inertes» o el estudio de un universo platónico de puras formas independientes de toda limitación u origen terrenos. Dewey vió que el formalismo no era compatible con los procedimientos y exigencias de la ciencia experimental moderna. Y aunque no aparecía expresamente el nombre de Darwin su espíritu y métodos eran los que inspiraban esta posición. En 1903, el año en que aparecieron los *Principles of Mathematics* de Bertrand Russell, Dewey concluyó de trazar el perfil de su lógica experimental. Sus cuatro ensayos que encabezaban los *Studies in Logical Theory* de la Universidad de Chicago sostuvieron frente al idealismo kantiano y post-kantiano, frente al empirismo lógico de Mill y frente a la lógica analítica de Russell y Whitehead, que el pensar humano surge de específicas necesidades y frustraciones. Frente a los lógicos, que transforman las distinciones de razón en formas de ser absolutas, fijas y pre-determinadas, Dewey esgrimió el ideal del «lógico experimental», que trata de rastrear la historia natural del pensamiento como un proceso vital que tiene sus propios antecedentes y estímulos generadores y sus propios objetivos específicos. A partir de un interés en la actividad específica más bien que en la total del pensamiento, el lógico dejará de torturarse con «la naturaleza eterna del pensamiento y su validez eterna en relación con una realidad eterna». Se interesará con la génesis en lugar de con el valor; en un ciclo histórico en lugar de con distinciones y relaciones absolutas. Sin duda el fundamento de este centro de gravedad de la lógica de Dewey se encuentra en la obra y en la influencia de Darwin. «Asombra, dice Dewey, que frente al

método evolucionista de la ciencia natural el lógico pueda seguir afirmando la existencia de una diferencia rígida entre los problemas de origen y naturaleza, de génesis y análisis, de historia y validez.» No sólo justificó la unión de los métodos genético y analítico, sino que fué más allá aún en la orientación darwiniana. «La significación del método evolucionista en biología e historia social es que cada órgano, estructura o formación; cada grupo de células o elementos ha de considerarse como un instrumento de adaptación a una determinada situación del medio. Sólo conoceremos su sentido, su carácter y su valor cuando los consideremos como medios para afrontar las condiciones de alguna situación específica.» Todas estas ideas claves reflejan el esfuerzo hecho por Dewey desde los primeros años del siglo para extender el método naturalista de Darwin a la ética, a la lógica, a la teoría del conocimiento y eventualmente a las otras actividades del hombre.—FRANCISCO MURILLO FERROL.

KLUBERTANZ, S. I. (G.): *The Influence of Evolutionary Theory upon American Thought*, en «Gregorianum», volumen XXXII, 4, 1951 (págs. 582-590).

Actualmente aumenta en Estados Unidos el interés por conocer las corrientes del pensamiento moderno. El artículo comentado es una exposición breve, pero cuidada y magistral, de la influencia de la teoría evolucionista sobre los pensadores de dicho país. La teoría evolucionista misma ha experimentado un cambio, pasando de ser interpretada como una verdad absoluta al rango de hipótesis o explicación científica, bajo el influjo de las recientes investigaciones sobre el carácter de la ciencia.

Las doctrinas de Darwin influyeron fuertemente en el grupo de Peirce, James, Holmes y Dewey. La adaptación al medio, la lucha y la supervivencia del más apto forman buena parte del pragmatismo. Pero no se limita a esta escuela la influencia del evolucionismo, que puede rastrearse en muchos aspectos y tendencias del pensamiento filosófico de Estados Unidos. La concepción evolutiva del universo, más o menos ligada también a Bergson, se encuentra en Whitehead, para quien el

«progreso creador» es característico no sólo de la vida, sino de toda realidad. Igualmente aparece el evolucionismo entre los defensores del llamado «materialismo moderno», y en distinto campo, el naturalismo de Santayana tiene base evolucionista.

La antropología y psicología acusan semejante influjo. Desde luego, entre los estudiosos de la psicología animal, aunque recientemente ésta se cultiva por su propio interés, con independencia de las tesis evolucionistas. Los más actuales estudios reconocen ya la irreductibilidad entre la actividad mental humana y la animal, abandonando el evolucionismo dogmático. En psiquiatría el freudismo era evolucionista, pero las últimas tendencias reciben la especialidad humana frente a los otros seres animados.

En el terreno de la ética también tuvo una fuerte influencia el evolucionismo, dando lugar al llamado «darwinismo social», según el cual ocurre el progreso humano por la eliminación de los ineptos en la lucha por la vida. El humanitarismo y reformismo han cambiado esta interpretación. Dewey dice que entre los animales superiores la cooperación reemplaza a la competición. Pero aún subsiste la tendencia hacia un evolucionismo social de tipo hedonista, y por análoga vía algunos hacen de la democracia un bien absoluto y último, que no precisa ella misma justificación. Desde otro punto de vista aceptan base evolucionista muchos estudios sobre antropología o sociología de pueblos llamados primitivos. En el campo de la educación estas tendencias se entremezclan con un poco consecuente liberalismo.

En los últimos años se manifiesta una reacción contra el evolucionismo en ética, señalándose principalmente las críticas de Elíseo Vivas y Erich Fromm. Para Klubertanz el principal error de las tendencias descritas está en tomar como base de especulación filosófica una afirmación o hipótesis científica, siendo así que la filosofía tiene sus privativas fuentes de evidencia. Si aún se encuentran bastante extendidas las opiniones evolucionistas en Estados Unidos, no obstante, van renunciando a su carácter antirreligioso y a sus pretensiones de constituir una filosofía de valor absoluto. Por el contrario, varios escritores católicos admiten la validez de la teoría evolucionista como hipótesis «científica» en biología.

El trabajo de Klubertanz se ve enriquecido por numerosas referencias bibliográficas de suma actualidad e interés.—R. CASTEJÓN.

CRUZ HERNÁNDEZ (Miguel): *La misión socrática de don Miguel de Unamuno*, en «Cuadernos de Unamuno», III, 1952.

¿En qué sentido es y en qué otro es filósofo don Miguel de Unamuno? He aquí la cuestión temática desarrollada en la presente conferencia.

Tres principios fundamentales impulsan la labor de un crítico de filosofía: la inquietud filosófica, la labor histórica y la preocupación religiosa. Ante la figura y la obra de Unamuno —en verdad— el crítico español de nuestros días está movido, a la par, por los tres motivos. «Nuestra época no es tan rica y segura como para permitirnos el lujo de prescindir de la ejemplar —en el sentido cervantino— lección de Unamuno.» Y como cristianos tampoco podemos renunciar a nada; menos aún a *cristianizar*. Ahora bien; la figura del gran rector de Salamanca se presenta con una singularidad tan característica que, desde un bando y desde el de enfrente, se intenta desmentir aquella exigencia radical. El autor pone de manifiesto agudamente los elementos —subjetivo uno y objetivo el otro— de donde brota esta incompreensión del pensamiento unamunescos. «Don Miguel aparecía conscientemente como un ser un poco extraño y original; a unos su originalidad les parecía genial, a otros extravagante, pero en eso coincidían todos.» *Unamuno no se deja encasillar*; «pero creo que todo hombre que tenga un átomo de personalidad estará de acuerdo con él». Por lo pronto, Ganivet tampoco quería *que lo clasificaran* (Cfr. Julián Marías: *La filosofía española actual*. Buenos Aires, 1948, páginas 37-38). Pero es que además —y esto lo ha subrayado muy finamente Cruz Hernández— «aquella España trágicamente cómica del 98, en medio de la sofistería krausista y de la falsa patriotería de los empalagosos lugares comunes de nuestra historia, que dijo Menéndez Pelayo», contribuyó poderosamente a que ni a Ganivet ni a Unamuno les gustase que los clasificasen, que es tanto como decir «que los confundiesen». Pero esta fué la cara externa, la que la gente ve; al interior se abría